

VIDA CRISTIANA Y UNIVERSIDAD

FRANCISCO PONZ ■ *Hay personas que abren cauce en la Historia y dejan a su paso una huella profunda. Yo he tenido la suerte, que agradeceré de por vida, de conocer con bastante intimidad, desde 1939, a uno de estos hombres señeros, al Fundador del Opus Dei, cuya Beatificación está ya inmediata. En muchos de nuestros encuentros, sobre todo a partir de 1966, estaba como trasfondo la Universidad de Navarra*



Josemaría Escrivá de Balaguer era un sacerdote santo, muy sobrenatural y muy humano, de inmenso corazón, abierto, comprensivo, siempre con buen humor y serena alegría; atrayente, pues se estaba muy bien junto a él. Su mirada amable envolvía en cariño e impulsaba a portarse mejor. Dotado de gran inteligencia y claridad

de pensamiento, penetraba profundamente en las almas y en las cosas. Poseía sólidas convicciones y su palabra resonaba encendida y vigorosa, con imágenes sencillas y bellas que todos entendían. Era, sobre todo, un hombre de Dios, locamente enamorado de Jesucristo y de su Madre Santa María, fidelísimo a la Iglesia y al Papa, plena-

mente identificado con la misión que el Señor le había confiado, a la que se dedicaba lleno de energía espiritual, con fe viva y operativa, con segura determinación.

No es fácil comprender bien su significación si no se entiende que Dios, llevado de su amor y misericordia por los hombres, irrumpe cuando quiere en la Historia como Señor de ella y actúa en personas singulares para que le sirvan de instrumentos que arrojen nueva luz sobre una humanidad que camina torpe y errática en busca de felicidad lejos de donde se encuentra. El Fundador del Opus Dei es uno de esos instrumentos, elegido por Dios para dar a conocer un específico querer divino que le hizo ver el 2 de octubre de 1928, de forma clara, contundente, con la fuerza de un mandato imperativo. A partir de ese momento, aunque se veía indigno, nada y aun menos que nada, con natural repugnancia a ser fundador de nada, se entregó sin otra cosa que sus veintiséis años, la gracia de Dios y el buen humor —como él mismo decía—, pero con extrema fidelidad y como única razón de su vida, a hacer realidad el Opus Dei.

En el alma de **Josemaría Escrivá de Balaguer** tuvo asiento ese admirable y misterioso juego divino de la gracia de Dios y de la naturaleza que, cuando hay correspondencia heroica, da lugar al santo: el hombre que sólo ama y vive para Dios, que quiere todo y sólo lo que Dios quiere, que ve todas las cosas con los ojos de Cristo, que se olvida por completo de sí para sólo ocuparse con generosidad de Dios y de los demás; que está feliz incluso en medio del dolor, de la incompreensión, del menosprecio y de las dificultades humanamente insalvables porque ve detrás de todo eso la mano de su Padre Dios; que arde en incontenible e infatigable celo para que todos descubran y gocen de la amistad con Dios. Toda esa

riqueza sobrenatural se daba en el Fundador del Opus Dei sin que disminuyera ni un punto su apasionado amor por este mundo hecho por la mano divina, ni su interés por tantas cuestiones nobles —grandes o menudas— de esta tierra, tratando con naturalidad lo sobrenatural y dando sentido sobrenatural a lo más material y humano de la vida ordinaria.

La Universidad de Navarra

Cuando le vi por vez primera, llevaba él ya más de once años comprometido en sacar adelante el Opus Dei en medio de dificultades sin cuento, de enredos y celotipias crecientes. Su fe colosal, extraordinaria, le mantenía firme en el camino emprendido, con la seguridad de quien sabe que aquello no era producto de la imaginación de un hombre sino empeño de Dios. El Señor quería hacer llegar a muchísimas personas de toda clase y condición — hombres o mujeres, célibes o casados, de cualquier país y raza, cualquiera que fuera su ocupación en el mundo— la llamada divina a ser santos en ese mismo mundo en que se hallaban, en el trabajo que habían elegido, en la vida familiar y social, en todas las circunstancias ordinarias; y a hacer así presente a Cristo en todas las actividades humanas.

Josemaría Escrivá de Balaguer se dedicó por entero a que ese querer de Dios tomara cuerpo, enseñando a toda clase de personas, en la ciudad y en el campo y por muy diversos países, que era posible vivir santamente la vida ordinaria, que estaban abiertos a los hombres todos los caminos divinos de la tierra.

Entre esos variados caminos, y como buen universitario, no dejó de lado a la Universidad: quienes nos sentíamos interesados por las tareas académicas podíamos encontrar allí la plenitud de la vida cristiana. Y llegado el momento,

en 1952, impulsó los comienzos de la Universidad de Navarra. Para fundarla no contaba con los medios más imprescindibles, sólo con un reducido grupo de universitarios; pero con su formidable fe estaba seguro de que habría de prestar un gran servicio a la Iglesia y a las almas y de que Dios ayudaría en lo que fuera necesario. El Fundador de la Universidad la tuvo siempre en su mente y en su corazón, aun antes de que comenzara; y con su vida de oración y penitencia, con su presencia estimulante y animosa, con sus abundantes y atinadas indicaciones, ha sido fuente constante de espiritual energía y de criterios de gobierno.

Acercarse más a Dios

No resulta fácil resumir en tan breve texto los contenidos esenciales de las enseñanzas que nuestro Fundador ha dado para la Universidad. En todas palpaba su espíritu, el espíritu del Opus Dei, con el incontenible anhelo de hacer bien a todas las almas. Ese era el tesoro fundacional, el sello que debía revelarse en todas las actividades universitarias. Las personas debían ser, sin duda, lo más importante: que cada uno luchara en la mejora de su vida cristiana; que todos, profesores, empleados, estudiantes..., pudieran acercarse más a Dios. Todo lo demás sería simple consecuencia de esforzarse por vivir santamente la vida ordinaria, con una unidad de vida que abarcara todos los aspectos espirituales y materiales del quehacer universitario, de la vida familiar y social.

Vivir el cristianismo con plenitud en la Universidad implica santificar el trabajo universitario, cualquiera que sea, buscar la santificación en ese trabajo,

encontrar allí el medio de ayudar a la santificación de los demás. Realizar bien el propio trabajo, con amor, con esmero, sin ceder a la desganancia ni al salir del paso, conduce en la Universidad a cotas elevadas de calidad en todos los aspectos: en la investigación científica, en la labor docente y educativa, en los diferentes servicios técnicos o de administración académica, en el cuidado material de las instalaciones. El trabajo universitario bien hecho convierte también en más valiosa la contribución que la Universidad presta a la sociedad.

En el plano intelectual, el ser cristianos consecuentes representa que todos los saberes y enseñanzas que se cultivan en la Universidad sean coherentes con la fe, que toda la vida académica responda al sentido cristiano de la vida. Entre la verdad revelada y la verdad científica que la Universidad busca descubrir y acrecentar no puede darse nunca contradicción. Las ciencias humanas de todo tipo, con sus propios principios y métodos, con la legítima autonomía y la dinámica que corresponde a su naturaleza, son nobilísimas y deben avanzar sin miedo; y cuando se avaloran y contrastan con la luz de la Fe, prestan a la humanidad su mejor servicio y no pueden menos de acercarse a Dios.

Foco cultural

Josemaría Escrivá de Balaguer era un gran enamorado de la libertad. Clamaba en defensa y respeto de la libertad de todos y condenaba cualquier intento de forzar o de manipular a las conciencias. Cada uno debía formar en libertad su criterio para actuar luego con personal responsabilidad. La li-

El ser cristianos consecuentes representa que todos los saberes y enseñanzas que se cultivan en la Universidad sean coherentes

bertad académica era un aspecto más de la libertad de que se debe gozar en todas las cuestiones temporales, en la vida profesional, económica, política, social, etcétera. Cualquier profesor debía ser libre a la hora de tomar postura ante las variadas corrientes científicas y jamás se deberían permitir “escuelas” propias de la Universidad.

No puede alcanzarse, sin embargo, un uso responsable de la libertad sin una buena preparación cultural y científica, sin suficiente base doctrinal. De ahí el interés del Fundador para que en la Universidad se cultivaran bien, desde sus comienzos, las Ciencias del espíritu. Por eso su gran alegría cuando la Facultad de Teología dio comienzo. De este modo sería posible realizar mejor la anhelada síntesis de la Fe con las ciencias y la cultura humanas: el progreso científico quedaría arraigado en sólidos principios y la Universidad sería un foco cultural de primer orden al servicio de los hombres.

Desde el principio quiso el Fundador que la Universidad tuviera entraña universal, que coöperara con todas las demás, que estuviese abierta a todos y al servicio de todos, sin discriminaciones de ningún género. Debía proporcionar a los estudiantes una buena preparación profesional, la mejor posible, y atender al mismo tiempo a su formación humana y espiritual para que, además de buenos profesionales, fueran ciudadanos de recto criterio y convicciones. Toda la vida de la Universidad habría de reflejar la fraternidad humana y cristiana: el trato abierto, sencillo, cordial; la mutua comprensión; el respeto a la libertad y responsabilidad de cada uno y a los diferentes gustos y pareceres. La Universidad sería casa común, lugar de confiada convivencia y amistad, de preparación para la convivencia futura en la sociedad.

Estas y otras enseñanzas han quedado bien grabadas como legado funda-



cional de la Universidad de Navarra y se hacen a diario realidad innegable. Son una muestra de la gran riqueza de contenido del espíritu del Fundador del Opus Dei, de su fuerza de proyección. Después de siglos de intentos por arrancar a Dios de las realidades cotidianas, del mundo de la Ciencia y de la configuración de la sociedad —relegándolo a lo sumo a la esfera de la conciencia individual como algo enquistado en el alma—, **Josemaría Escrivá de Balaguer** surge en el seno de la Iglesia como instrumento divino para promover la santidad de toda clase de personas en la vida ordinaria de este mundo, para hacer que la Fe empape todos los aspectos materiales y espirituales del vivir humano, para que Cristo esté activamente presente en todas las actividades de los hombres. Es un cambio de enfoque trascendental —también para el modo de entender el quehacer universitario— que abre el corazón a la esperanza. ■